

Cincuenta cuentos breves

Una antología comentada

Edición de Miguel Díez R. y Paz Díez Taboada
Con la colaboración de Blanca Ballester

ÍNDICE

11 **Prólogo**

- 11 Los buenos cuentos, por Luis Mateo Díez, de la Real Academia Española

13 **Introducción**

- 14 Una antología comentada
15 Cuentos del siglo XIX
16 Cuentos del siglo XX. El *minimalismo*
18 Los cuentos brevísimos
22 Temas destacados. La relación paterno-filial
22 Algo de humor
23 La muerte y el terror
24 La violencia
27 Esta edición
28 Agradecimientos

29 **Cincuenta cuentos breves**

- 31 1. *La mendiga de Locarno*, Heinrich von Kleist
34 2. *La Perla de Toledo*, Prosper Mérimée
36 3. *El corazón delator*, Edgar Allan Poe
42 4. *Gaspar Blondin*, Juan Montalvo

- 46 5. *Wood'stown. Cuento fantástico*, Alphonse Daudet
50 6. *Una «vendetta»*, Guy de Maupassant
55 7. *Vanka*, Antón Chéjov
59 8. *La tortura de la esperanza*, Philippe-Auguste Villiers de l'Isle-Adam
65 9. *Aceite de perro*, Ambrose Bierce
70 10. *¿Dónde está mi cabeza?*, Benito Pérez Galdós
77 11. *La muerte de Odjigh*, Marcel Schwob
82 12. *Mi suicidio*, Emilia Pardo Bazán
86 13. *D. Q.*, Rubén Darío
90 14. *Ley de vida*, Jack London
98 15. *[Sancha]*, Vicente Blasco Ibáñez
101 16. *Medio folio*, August Strindberg
104 17. *El miedo*, Ramón del Valle-Inclán
108 18. *La zamacueca*, Darío Herrera
112 19. *La compuerta n.º 12*, Baldomero Lillo
119 20. *El marinero de Ámsterdam*, Guillaume Apollinaire
124 21. *La puerta abierta*, Saki
128 22. *El pozo*, Ricardo Güiraldes
130 23. *Una hoja vieja*, Franz Kafka
133 24. *El águila y el pastor*, Gabriel Miró
136 25. *La casa de muñecas*, Katherine Mansfield
144 26. *El padre*, Olegario Lazo Baeza
148 27. *La alucinada*, José Antonio Ramos Sucre
149 28. *El mar. Cuentecito*, Miguel Mihura
152 29. *[«Si hubiera sospechado lo que se oye...»]*, Olivier Gironde
154 30. *La mujer*, Juan Bosch
157 31. *El retrato*, Alfonso Rodríguez Castelao
160 32. *La hija del guardaguñas*, Vicente Huidobro
162 33. *Muebles «El Canario»*, Felisberto Hernández
166 34. *Espuma y nada más*, Hernando Téllez

- 171 35. *La migala*, Juan José Arreola
173 36. *No oyes ladrar los perros*, Juan Rulfo
178 37. *Dientes, pólvora, febrero*, Rafael Sánchez Ferlosio
186 38. *Cabeza rapada*, Jesús Fernández Santos
190 39. *Venganza*, Ednodio Quintero
191 40. *El paraguas Jacinto*, Álvaro Cunqueiro
194 41. *El desierto*, José María Merino
199 42. *El gran secreto de Cristóbal Colón*, Luis López Nieves
203 43. *Daiquiri*, Ángel Olgoso
205 44. *La rosa*, Juan Eduardo Zúñiga
207 45. *Instantánea, Harvey Cedars: 1948*, Paul Lisicky
208 46. *Hotel Bulnes*, Luis Mateo Díez
215 47. *Caperucita Roja*, James Finn Garner
218 48. *Ausencias*, Juan Antonio Masoliver Ródenas
220 49. *La puerta cerrada*, Edmundo Paz Soldán
222 50. *Paternidad responsable*, Carlos Alfaro

223 **Después de la lectura**

223 Al hilo de los cuentos

287 **Índices**

289 Índice de autores

291 Índice alfabético de cuentos

PRÓLOGO

Los buenos cuentos

Los buenos cuentos siempre acaban en manos de los buenos lectores de cuentos. La mejor orientación antológica para poder contar, y la palabra no es baladí, con una colección tan sugestiva como la que contiene este libro, es la cualidad de quienes rastrean, buscan, seleccionan y, al fin, proponen los cuentos que consideran excelentes, o sea, que están entre los que les gustan o más les gustan. Cincuenta en este caso, con la reconocida limitación de que sea ese número. Los antólogos podrían haber llegado a cien o a quinientos. Pero los cincuenta conforman poco más que una propuesta significativa y, como es lógico, abren el cauce a la infinitud de un género tan variadamente cultivado a lo largo de los siglos.

Este es un libro para viajar en compañía de autores europeos y americanos pertenecientes a los siglos xix y xx. Una compañía expansiva y llena de sugerencias, que se orienta, como decimos, con la convicción de que el viaje no es otra cosa que una invitación para continuarlo.

El aval de la antología, como no podía ser menos, se encuentra en esa cualidad de buenos lectores de cuentos que tienen sus autores. Yo podría decir, y atestiguar, ya que ellos están en mi cercanía familiar, que de lectores contumaces, obsesivos, sabios y de refrendado gusto. Buscadores del tesoro, inasequibles al desaliento, ya que la sensibilidad de sus búsquedas y lecturas se sostiene en el placer y el conocimiento.

El libro tiene ese aval de los cuentos degustados y admirados. Se trata de cuentos cortos, un elemento crucial de identidad en el género, como bien explican los autores, y de cuentos comentados. La idea del comentario no se propone en una dimensión meramente pedagógica o didáctica, aunque la antología tenga como destinatarios privilegiados a estudiantes de Secundaria y Bachillerato. El comentario establece una vía de acceso o reflexión, pero sobre todo de sugerencia, que es un modo de enriquecer la sugestión.

Miguel Díez y Paz Díez Taboada tienen una larga obra de características paralelas a la que ahora nos ofrecen. Son estudiosos que disfrutan con lo que hacen, profesores que siempre tuvieron la idea generosa de que a la literatura como mejor se llega es desde el placer que proporciona. El aula como escenario de la fascinación y la sabiduría.

También por eso, porque los buenos cuentos, a Dios gracias, siempre acaban en manos de los buenos lectores de cuentos, una antología como la que aquí se ofrece trasvasa ampliamente el destino didáctico, busca sin remedio esos buenos lectores, estén donde estén.

Hay un orden cronológico en la propuesta, y si nos atenemos a él podemos hacer un viaje ordenado. Pero también puede resultar subyugante el desorden de ir al cuento por donde más nos apetezca, abriendo el libro con la improvisación del hallazgo.

Lo cierto es que los cincuenta cuentos ofrecen cauces de enorme variedad, dan fe, hasta donde su número llega, de las infinitas posibilidades de narrar, de inventar, de construir universos imaginarios, con tantas tendencias, estilos, como puede poseer un género tan proteico.

LUIS MATEO DÍEZ,
de la Real Academia Española

In memoriam
Sonia Díez, Charo Alonso y Nacho Ballester,
siempre en nuestro corazón

INTRODUCCIÓN

Esta antología está formada por cincuenta cuentos breves de autores europeos y americanos —con evidente predominio de los que escriben en español—, pertenecientes a los siglos *xix* y *xx*. El año 2000 es el límite de cierre que hemos impuesto a nuestra selección y creemos que está justificado, porque ampliarlo a autores de estos comienzos del *xxi* habría sido precipitado y muy expuesto, al no poder contemplarse todavía un amplio panorama de narrativa breve ni darse aún la distancia temporal necesaria para poder evaluar la importancia y permanencia en el futuro de unas aportaciones literarias tan recientes.

Con todos los matices y salvedades que se quiera, la brevedad es la característica más importante del cuento, la verdaderamente esencial, porque, en definitiva, ella es la que compendia todas las demás y las determina y explica. La unidad de acción o limitación del relato a un único conflicto, el número restringido de personajes y situaciones, la concentración de los hechos, la intensidad expresiva, la concreción en el uso de los términos, la ausencia de excesos retóricos, la sintaxis sin circunloquios ni digresiones, el efecto de deslumbramiento propio de todo buen cuento, etc., están relacionados con la brevedad y ella es la que diferencia al cuento de otros géneros narrativos más extensos. Como resumía el escritor mexicano Edmundo Valadés,

«el cuento escapa a prefiguraciones teóricas: si acaso se sabe que su única e inmutable característica es la brevedad»¹.

En nuestra antología hemos delimitado esta brevedad característica del cuento en una horquilla que va desde una extensión de, aproximadamente, media página hasta un límite máximo de siete u ocho, con una media de tres páginas. Y al ser cuentos de autores y épocas distintas y, por lo tanto, relacionados con muy variadas escuelas y tendencias narrativas, propias de los dos siglos que abarca la selección, queda manifiesta la llamativa variedad temática y formal, tanto de tono como de procedimientos narrativos.

Una antología comentada

Sobre la denominación de «antología comentada», queremos hacer algunas precisiones. Todos los cuentos han sido comentados y dichos comentarios —que hemos dispuesto al final, en sección aparte, para no distraer de la lectura de los cuentos— son muy diversos en cuanto a longitud, enfoque e intensidad: paráfrasis, interpretaciones, sucintos análisis temáticos, de composición y/o estilo —a veces, con breves informaciones sobre las características narrativas de los autores—, impresiones personales tras la lectura, etc. La mayor parte de estos comentarios los hemos realizado los autores de la antología, pero en algunos casos los firman amigos escritores, profesores, estudiosos de Literatura y, en tres casos, los propios autores de los cuentos.

Mucho hemos discutido acerca de la estructura u organización del corpus narrativo. La solución que nos ha parecido más acertada es seguramente la más simple: ordenar los cuentos cronológicamente por su fecha de publicación o, cuando nos ha sido posible hallarla, por la de composición; si dos o más cuentos son del mismo año, se ordenan por la fecha de nacimiento de los autores. Y, desde luego, hemos puesto especial atención a las citas bibliográficas de los libros a los que pertenecen los cuentos. Aunque esta disposición cronológica sea un aliciente para una lectura histórica continuada, sin embargo, esta antología tal vez se preste más a un encuentro fortuito con cualquiera de los títulos.

¹ Citado por Mempo Giardinelli, «Estructura y morfología del cuento», en *Así se escribe un cuento*, Madrid, Suma de Letras, 2003, pág. 55.

El lector puede elegir el cuento que se le antoje con total libertad, sin necesidad de seguir un orden predeterminado, y, tras su lectura —si le hubiera gustado—, detenerse en él y paladearlo sin premura; porque, cuando un texto literario es excelente, exige, sin duda, un tiempo de reflexión y relectura, de íntima consideración que no puede ser satisfecha con apresuramiento; esto sucede con este tipo de cuentos, breves e intensos, de la misma manera que con los buenos poemas líricos. Como dijo la escritora estadounidense Grace Paley (1922-2007), «el cuento, cuando es realmente muy corto —una, dos, dos páginas y media—, debería poder leerse como un poema. O sea, despacio. La gente que gusta de saltarse páginas no puede saltárselas con un cuento de tres páginas»². Y Daniel Sueiro nos ha avisado de que «después de leer un buen cuento no se puede leer otro por un momento, no se puede leer nada hasta que pase algo de tiempo. Hay que respirar hondo, cerrar el libro durante unos minutos, los ojos también, tal vez, y ponerse a pensar. Pensar profusamente hasta desentrañar el profundo sentido de las cinco o diez páginas compactas, enteras, completas, sin concesiones ni figuras, sin fugas ni engaños, que acaban de leerse»³.

Cuentos del siglo XIX

Trece son los cuentos de esta antología escritos en el siglo XIX. El más antiguo —y no sólo por la fecha de escritura, sino por tono, lenguaje y tema— es «La mendiga de Locarno», del poeta, dramaturgo y novelista alemán Heinrich von Kleist, representante del espíritu trágico del Romanticismo tanto en su breve obra como en su corta vida de arrebatados excesos y de trágico final. Y también un cuento romántico es «La Perla de Toledo», del francés Prosper Mérimée, en la línea de las estampas de ambientación exótica y dentro del tópico orientalista. Otros cuentos decimonónicos son narraciones de *tempo* lento, pausado y de cierta extensión, pertenecientes casi todos a la tendencia realista

² En Robert Shapard y James Thomas (eds.), *Ficción súbita. Relatos ultracortos norteamericanos*, trad. Jesús Pardo, Barcelona, Anagrama, 1989, pág. 268.

³ «Mis divagaciones sobre el cuento», en *Los conspiradores*, Palencia, Menoscuarto, 2005, pág. 250.

Cincuenta cuentos breves

Una antología comentada

1. La mendiga de Locarno (1810)

Heinrich von Kleist (Alemania, 1777-1811)

En Locarno, en la Italia superior, al pie de los Alpes, se hallaba un palacio antiguo perteneciente a un marqués, y que en la actualidad, viniendo del San Gotardo, puede verse en ruinas y escombros: un palacio con grandes y espaciosas estancias, en una de las cuales antaño fue alojada por compasión, sobre un montón de paja, una vieja mujer enferma, a la que el ama de llaves encontró pidiendo limosna ante la puerta. El marqués, que al volver de caza entró casualmente en la estancia en donde solía dejar la escopeta, ordenó malhumorado a la mujer que se levantara del rincón en donde estaba acurrucada y se pusiera detrás de la chimenea. Al incorporarse, la mujer resbaló con su muleta, cayó al suelo y se golpeó la espalda. A duras penas pudo levantarse y, tal como le habían ordenado, salió de la habitación, y entre ayes y lamentos se hundió y desapareció detrás de la chimenea.

Muchos años después, cuando, debido a las guerras y a la inactividad, el marqués se encontraba en una situación precaria, un caballero florentino se dirigió a él con la intención de comprar el palacio, cuya situación le agradaba. Como tenía gran interés en que la venta se efectuara, el marqués le ordenó a su esposa que alojara al huésped en la ya mencionada estancia vacía, que estaba muy bien amueblada. Pero cuál no sería la sorpresa del matrimonio cuando el caballero, pálido y turbado, apareció a media noche jurando y perjurando que había fantasmas en la habitación, que alguien invisible se movía en un rincón de la estancia, como si estuviera sobre paja, y que, además de ayes y lamentos, se oían pasos lentos y vacilantes que la atravesaban y cesaban al llegar a la chimenea.

4. Gaspar Blondin (1858)

Juan Montalvo (Ecuador, 1832-1889)

A travésaba yo los Alpes en una noche tempestuosa, y me acogí a un tambo o posada del camino: silbaba el viento, lurtres¹ inmensos rodaban al abismo, produciendo un ruido funesto en la oscuridad; y en medio de esta naturaleza amenazadora, reunidos los pasajeros, el dueño de casa refirió lo que sigue:

«No ha mucho tiempo llegó aquí un desconocido con el más extraño y pavoroso semblante: mis hijos le temieron al verle, y me rogaron no recibirle en casa. ¿Qué secreto enlóbreguécía a ese hombre?, ¿qué horrible crimen pesaba sobre él? No sé. Le designé un cuarto, no muy firme de ánimo yo mismo, suplicándole se recogiese en él, atento que era tarde, si bien a ello me inducía el deseo de librarme de tal huésped. Húbose apenas retirado, cuando dos hombres armados se presentaron en el mesón, inquiriendo por un malandrín, cuyas señas dieron: eran dos gendarmes que le seguían la pista.

Mas cualquiera que fuese su calidad, nunca habría yo faltado a las costumbres hospitalarias que aprendí de mis padres, quienes me enseñaron a socorrer aun a los criminales, cuando se viesen perseguidos. Dije, pues, a los alguaciles que no habíamos visto a ninguna persona de tal gesto, como nos la describían. No me lo creyeron, sabuesos de fino olfato como eran, y en derechura se dirigieron al aposento de aquel hombre.

Placióme el verlos entrar allí, pues, al no intervenir denuncié de mi parte, nada deseaba yo más que verme desocupado de semejante amigo.

¹ *Lurtres*: aludes de nieve o de tierra.

Mas cuáles no fueron mi sorpresa y mi disgusto cuando vi salir a los gendarmes exclamando: "Ah, don tambero², ¿en dónde le ha ocultado usted?"

Escaparse no pudo el fugitivo; vile entrar en su cuarto que no tiene salida si no es la puerta, de la cual no había apartado yo los ojos. ¿Qué ente extraordinario era ése?

Amenazáronme los ministriles con volver dentro de poco, provistos de mejores órdenes y no dejé de conturbarme. Aún no bien habían salido al camino, cuando oímos un horroroso estrépito en el tugurio del huésped misterioso: vile en seguida aparecer en el dintel de su puerta, salir precipitado, y venir a caer a mis pies echando espuma por la boca, todo desarrapado y contorcido. Los gendarmes volvieron, le prendieron, le amarraron, y en volandas le llevaron, a pesar de la profunda oscuridad y de la lluvia que caía a torrentes.

Al otro día supe en el pueblo vecino que ese hombre perturbaba todos los alrededores hacía algunos meses: oculto de día, rondaba de noche. Decíase de él cosas muy inverosímiles, y muy de temer, si verdaderas; pero su único crimen conocido y probado era la muerte de su esposa.

Su querida, por cuyo amor había obrado esa acción abominable, se volvió por su influencia personaje tan raro y peligroso como él: temíanla los niños sin motivo, las mujeres evitaban su encuentro, y cuando la veían mal grado suyo, menudeaban las cruces en el pecho. Y aún dicen que sobrepujó a su amante en las negras acciones, metiéndose tan adentro en el comercio de los espíritus malignos que le fue funesta a él mismo.

Un día citó a su hombre a un caserón botado³, tristes ruinas por las cuales nadie se atrevía a pasar de noche; era fama que un fantasma se había apoderado de ellas, y que en las horas de silencio acudía allá una legión de brujas y demonios a consumir los más pavorosos misterios, en medio de carcajadas, aullidos y lamentos capaces de traer el cielo abajo.

² *Don tambero*: señor posadero.

³ *Botado*: aquí, abandonado, deshabitado.

DESPUÉS DE LA LECTURA

Al hilo de los cuentos

1. La mendiga de Locarno (1810), de Heinrich von Kleist

El Romanticismo fue un movimiento literario creado e impulsado por una pléyade de jóvenes poetas alemanes que, a finales del siglo XVIII, emprendieron un vuelo literario rompedor de las amarras del *bon goût* francés y del encorsetamiento de normas y preceptos clasicistas. Aunque parezca muy lejana de nuestros afanes de hoy, la imaginación romántica creó las principales autopistas literarias de la modernidad; así, especialmente importantes fueron las «huidas románticas» al pasado: la historia —en particular, la medieval—, los orígenes inciertos, la infancia y sus nostalgias, etc.; a lejanos horizontes: el viaje a países exóticos, a tierras desconocidas, etc.; hacia delante: la fabulación sobre el futuro, la anticipación o ciencia-ficción, etc.; y, sobre todo, la huida hacia el misterio, ya sea al del propio yo, a través de la introspección, al del extrañamiento por medio de «paraísos artificiales» y a los ámbitos del terror y la locura, ya sea al de la muerte y el Más Allá.

Por tanto, todos los elementos característicos de la literatura fantástica de nuestros días provienen, en origen, del Romanticismo, como se evidencia en este breve relato de terror —un *gothic tale*, según la conocida denominación anglosajona— del siempre joven y atormentado barón alemán Heinrich von Kleist, que, a los treinta y cuatro años y tras matar a la que entonces era su amante, la cantante Henriette Vogel, puso fin a su apasionada y turbulenta vida a orillas del lago Wannsee, cerca de Berlín.

La acción de «La mendiga de Locarno» se sitúa en la región alpina italiana, en un antiguo castillo y en un ambiente medievalizante —aunque no estrictamente medieval. Como en muchas antiguas leyendas, bajo la inquietante figura de una vieja mendiga —prototipo de la menesterosidad, por ser mujer, anciana y pobre— se manifiesta la presencia de lo sobrenatural, que recaba respeto y caridad; lo cual, por supuesto, no le otorga el orgulloso señor del castillo, contrafigura de la

al ritmo del minuterero del reloj y, en última instancia, es el latido infernal y horrible del corazón lo que conduce al protagonista a confesarse culpable, y el ojo de buitre del anciano lo que le había impulsado a cometer el crimen atroz.

El asombrado lector queda sobrecogido, aterrado e impactado, al terminar la lectura de este espeluznante relato que manifiesta literariamente —¡qué lejos de un frío y objetivo informe psicológico!— la torturada y malsana psique del narrador-protagonista, un asesino psicópata, nervioso y frío, obsesivamente meticuloso y exhibicionista, que no experimenta ningún reparo moral —al contrario, juzga totalmente razonable su conducta—, pero que se siente perseguido por sus demonios interiores y que intenta justificar ante el lector sus horribles actos aparentando una condición psíquica normal en este monólogo cargado de tensión, alimentada magistralmente por un cúmulo de sensaciones visuales, auditivas e incluso táctiles. La inteligencia perturbada del protagonista es superada por las emociones que, finalmente, incontroladas y desbordadas, le llevan a la necesidad impulsiva de confesar su crimen.

4. Gaspar Blondin (1858), de Juan Montalvo

Este cuento del ecuatoriano Montalvo está considerado como la primera narración hispanoamericana que trata con plena conciencia el tema fantástico-macabro. Escrito en agosto de 1858, el autor lo publicó en 1867, en el número 4 de la revista *El Cosmopolita* de Quito, cuyo director y único redactor era él mismo. En una nota a pie de página de la citada publicación, el propio Montalvo proporciona algún dato interesante: «He vuelto al castellano este primer cuento de una serie que escribí en francés, en París, bajo el influjo de una larga calentura. Cosas compuestas en la cama por un delirante deben antes tenerse por sueños». Y esta última afirmación nos lleva a la idea de Poe de que los estados febriles engendran seres fantasmagóricos y explica el carácter anormal de los hechos narrados. El cuento estaba destinado a una colección titulada *Cuentos fantásticos*, que nunca llegó a publicarse.

En su breve extensión y con doble encuadre narrativo —el relato dentro del relato—, «Gaspar Blondin» es un compendio de literatura

fantástica que posee la ambientación y la tramoya de la narrativa gótica y los elementos románticos del terror más negro y macabro: escenografía y atmósfera espectral y diabólica, ambiente ruinoso, lúgubre y fantasmal, noche de tormenta, naturaleza desbordada, demonismo, vampirismo, nigromancia, necrofilia, brujería... Todo ello expresado con un léxico muy significativo: «abismo, funesto, pavoroso, horrible, quejumbroso, espantoso, horroroso», etc. Los personajes monstruosos o marginales eran un tópico del Romanticismo y el relato de Montalvo los concentra morbosamente. Como anota José Miguel Oviedo, el protagonista es un asesino, un hombre feroz, una criatura del averno y todo es nocturnal, pavoroso, satánico: un mundo de exceso y melodrama que nos recuerda a Lautréamont y Bataille —así la imagen «las estrellas no son sino asquerosos insectos que roen la bóveda celeste» es digna de ellos. También es romántica la idea central del influjo destructor de un hombre sobre una mujer y la venganza eterna de ella, lo que hace pensar en los lúgubres y sangrientos relatos de Poe, escritos, por cierto, muy poco antes.

Para un lector del siglo XXI, este cuento de Juan Montalvo —según Juan Valera, «el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX»— resulta ser un relato excesivo, extraño y un tanto atropellado, propio del aspecto más negro y exasperado del Romanticismo; pero cumple su propósito, pues produce un escalofrío en el lector de hoy y una sensación de ambigua sorpresa ante el misterioso final del siniestro protagonista.

5. Wood'stown. Cuento fantástico (1873), de Alphonse Daudet

En la producción cuentística de Daudet, de carácter preferentemente costumbrista y de temática tan ligada a Francia, resulta sorprendente este cuento que presenta una «salida» hacia la fantasía, desligada de la realidad histórica y/o cotidiana. Con tono épico y ubicándola en una zona ficticia de Estados Unidos. Daudet cuenta una fábula sobre cómo una naturaleza airada y vengativa reacciona destructivamente contra la industriosa laboriosidad del hombre. Los dos protagonistas —o «primeros luchadores»— son el tupido y viejo bosque, arraigado en los humedales próximos al Río Rojo, y una masa anónima de seres humanos que ha decidido usurparle su territorio.